

LA ECONOMÍA VALENCIANA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Jordi PALAFOX GAMIR

Dentro del conjunto de la economía española, la evolución de la economía valenciana durante los siglos XIX y XX presenta rasgos específicos derivados de su estrecha relación con el mercado exterior. Durante el mismo período en que se asiste en España a la progresiva consolidación del papel del sector público en el fomento del crecimiento, varios sectores de la agricultura valenciana atravesarán por una profunda y dinámica transformación ante el aumento de la demanda procedente de otros países europeos.

En el presente trabajo, el profesor Jordi

Palafox analiza los trazos más relevantes de este proceso de adaptación de la economía del País Valenciano poniendo de relieve sus consecuencias sobre la estructura interna de la producción. Y, al mismo tiempo, se subrayan en él las limitaciones de la expansión tanto en el conjunto de la economía valenciana, dado el bajo ritmo de crecimiento de la demanda interna, como en los sectores más dinámicos que se pondrían de manifiesto durante la crisis del comercio internacional en los años treinta del siglo XX.

Cuando a finales del siglo XVIII el botánico Cavanilles recorrió las tierras del que había sido reino de Valencia, destacando los progresos de la riqueza y apuntando en qué zonas aún quedaban tierras que podían ser puestas en cultivo no pudo dejar de subrayar, al comienzo de su escrito, que «A pesar de la abundancia, variedad y riqueza de las cosechas del reyno, la mayor parte de sus vecinos viven en necesidad o pobreza. Este hecho constante parecerá increíble a quien no considere que son innumerables los que disfrutan del reyno. Además del prodigioso número de sus habitantes, hay otro muy grande de Señores que extraen quantiosas sumas correspondientes a sus rentas». (A. J. Cavanilles, 1795-1797, Vol. I, p. XI, 1972).

Esta contradicción entre el aumento de la producción y el desequilibrio de la distribución de los ingresos derivados de su venta, constituye, sin duda, uno de los rasgos más relevantes de la evolución de la economía valenciana durante los siglos XIX y XX. La causa principal de su persistencia es necesario buscarla primero, como constata Cavanilles, en la estructura del régimen señorial valenciano, y después en la forma como se produjo en el XIX la consolidación del derecho a la pro-

piedad privada de la tierra y la transformación de ésta en mercancía.

En relación con la «multiplicación de los frutos» y la «admirable mudanza» señalada por el botánico valenciano, hoy parece posible afirmar que, durante la segunda mitad del siglo XVIII, el crecimiento se consiguió fundamentalmente sin alterar de manera relevante las técnicas de producción. Existió, sin duda, una tendencia al aumento de la comercialización de los excedentes fomentada por el alza de los precios. Y en algunas zonas se intensificó el cultivo ampliando la superficie de regadío mediante la realización de pequeñas obras de riego. Pero, aunque no existen por el momento cifras sobre la evolución de la productividad y los rendimientos, no es arriesgado afirmar que en la mayor parte del territorio, el aumento de la producción se consiguió ampliando el cultivo a tierras de peor calidad.

Se había producido de esta forma lo que se ha denominado una expansión estática del sector agrícola — y por extensión del conjunto de la economía, dado su carácter básicamente agrario —, en la cual el incremento de la población obligó a aumentar la producción sin que se alterase de for-

ma significativa la relación entre inversión y consumo. Una expansión, por tanto, que no aseguraba una tasa de crecimiento sostenida para el futuro.

De ahí que los principales beneficiarios de la expansión fueran los perceptores de rentas. De un lado, los señores, con un poder feudal acrecentado durante el largo período que se inicia con la expulsión de los moriscos. De otro, los grandes propietarios —enfiteutas en realidad— no siempre miembros de la nobleza que, aunque dependientes de los primeros a través de las relaciones vigentes en la sociedad feudal, habían conseguido un notable grado de autonomía para establecer contratos de arrendamiento con terceros. Y, en contacto con ambos grupos, que cumplían una función parasitaria desde la perspectiva económica, los comerciantes de los centros urbanos más importantes y de los puertos, que se beneficiaban de las fuertes oscilaciones de los precios, resultado del bajo nivel técnico y de los mecanismos de especulación utilizados por señores y propietarios. (E. Giménez, 1981, pp. 350 y ss.)

La dureza de la presión señorial y sus efectos negativos sobre la acumulación han sido repetidamente subrayados por los investigadores. A través, en especial, del diezmo, la partición de frutos, los pechos y los monopolios, las grandes casas de la nobleza valenciana y castellana expoliaban a los cultivadores impidiéndoles, en algunos casos, superar el nivel de subsistencia y, en la inmensa mayoría, aumentar sus ingresos, diversificar su consumo y abrir la posibilidad de incrementar la inversión. Todas las conclusiones ofrecidas en las aportaciones realizadas sobre este aspecto demuestran el alza espectacular de las rentas señoriales durante estos decenios. (P. Ruiz, 1981; M. Peset, M.^a F. Mancebo y V. Graullera, 1981; M. Ardit, 1975).

La situación descrita en los párrafos anteriores es, sin embargo, incompleta. De ser ésta la única existente no sería posible comprender cómo en los decenios siguientes la producción para el mercado aumentó de forma relevante. Las peculiaridades del régimen señorial valenciano, y en concreto de la difusión de los contratos enfiteúticos, y la existencia —aún no cuantificada— de propietarios plenos hicieron posible la aparición de situaciones en las que los cultivadores directos par-

ticiparon también en los beneficios generados por la expansión. (P. Ruiz, 1981; I. Morant, 1978).

LA DEBILIDAD DEL CRECIMIENTO INDUSTRIAL

La contrapartida de este panorama, en el que la presión señorial desempeña un papel dominante, fue tanto la fuerte tensión social como la escasa tasa de crecimiento de la demanda interna de productos no agrarios. No puede extrañar, por consiguiente, que durante las décadas iniciales del siglo XIX la evolución de la actividad artesana, dedicada preferentemente a la producción textil, estuviera caracterizada por la escasa importancia de transformaciones que la condujeran a una estructura típica de capitalismo. Su misma dispersión por el conjunto del país, aunque sea posible distinguir tres zonas de mayor intensidad artesanal, pone de relieve la relevancia que seguía teniendo el autoabastecimiento y la debilidad alcanzada por la especialización del trabajo, factor esencial en la articulación del mercado interior. (R. Aracil, M. García Bonafé, 1978, pp. 5-22).

De las tres zonas, sólo en Alcoy tendrá éxito —y con limitaciones— el proceso de innovación que permite el aumento de la cantidad producida con costes medios decrecientes. El uso de máquinas de cardar e hilar entre 1818 y 1823, que inicia el cambio en los métodos de producción, permitirá a los empresarios aumentar sensiblemente la productividad, hacer avanzar la centralización de la producción dentro de la ciudad y consolidar el sistema fabril. (R. Aracil, M. García Bonafé, 1974).

En la seda, por el contrario, la presión gremial obstaculizó la difusión de las escasas innovaciones que tuvieron lugar en el tejido. Por otra parte, los altos arrendamientos impidieron consolidarlas, ya que la mayor duración de su proceso de fabricación obligó a los cultivadores a especializarse en el hilado para acortar el tiempo de maduración del negocio. (V. Martínez Santos, 1981).

Los cambios provocados por el proceso de desvinculación y desamortización, que tiene lugar en España durante la primera mitad del siglo XIX, serían importantes. Sin que conozcamos cómo, parece evidente que fue entonces cuando se sentaron las bases de las «dos agriculturas» que caracterizan la trayectoria seguida por la economía va-

lenciana durante los cien años siguientes. Porque si, por un lado, quedó consolidado un amplio sector social formado por terratenientes, mediana nobleza, ex-administradores señoriales y profesionales interesados, sobre todo, en el cobro de la renta; por otro, la existencia de contratos de enfiteusis permitió el acceso a la propiedad de otro grupo social directamente vinculado a la innovación y al aumento de la oferta con costes competitivos.

Paralelamente a estas transformaciones, el conjunto de la economía avanza con lentitud, pero con claridad, hacia una situación plenamente capitalista. Así, junto a las nuevas iniciativas empresariales que tienen lugar durante los primeros decenios del XIX, desde los años cuarenta los fabricantes sederos trataron de modernizar el proceso productivo mientras la etapa de expansión de la economía española, tras el final de la primera guerra carlista, se traducirá en el País Valenciano en la puesta en marcha de iniciativas reseñables en el terreno financiero (G. Tortella, 1973, p. 92 y ss.; C. Ródenas, 1978, pp. 87-132). La breve duración de ambos hechos —la industria sedera entrará en crisis a partir de 1854 y las entidades de crédito en 1866— no puede llegar a ocultar el dinamismo de la coyuntura durante estos años.

Sin embargo, la pérdida de la cosecha de seda en 1854, a causa de la pebrina, inició una fase de declive que llevaría a la desaparición de esta actividad. Como ha demostrado Martínez Santos, la plaga supuso la ruptura definitiva del inestable equilibrio que se había mantenido hasta entonces entre innovación y tradición: entre los intereses de los fabricantes y los de los cosecheros (V. Martínez Santos, 1981, pp. 239 y ss.). La crisis de la sedería supondrá una limitación considerable de la ya débil base manufacturera, puesto que a mediados del siglo XIX la lana y la seda, L'Alcoiá y L'Horta, eran los dos únicos núcleos industriales de la economía valenciana. En la primera de estas comarcas, por el contrario, la evolución será la inversa: durante los años cincuenta el sistema fabril quedó sólidamente instalado en el textil alcoyano con la difusión del huso mecánico y la aparición de la industria algodonería.

Otro de los hechos destacables durante estos decenios centrales del XIX fue la creación de diversas entidades financieras en la ciudad de Valencia lo que pone de relieve el espíritu innovador que empieza a manifestarse en el seno de los sec-

tores urbanos para aprovechar las oportunidades de inversión en capital social fijo, como transportes y obras de servicios.

La crisis financiera de 1866 y el espectacular aumento de la demanda exterior de productos agrarios determinarán, sin embargo, un cambio sustancial en la tendencia seguida hasta aquel momento por el conjunto de la economía. La expansión agrícola, que entonces se inicia, intensificará la orientación del capital hacia el sector agrario (C. Ródenas, 1978, pp. 167-198) que pasará a convertirse en el factor central del crecimiento.

LA DUALIDAD DE LA COYUNTURA AGRARIA

El vino y la naranja son los dos productos más característicos de este auge, provocado por una demanda exógena a la evolución del capitalismo español. Pero no los únicos. Por los dispersos indicios con los que contamos sabemos que los productos horticolas, el arroz, la pasa y la almendra aumentaron sustancialmente su importancia en el producto interior de la región. En la inmensa mayoría de estos cultivos la demanda europea desempeña un papel fundamental. Su aumento continuado estimulará la extensión del sector comercial de la agricultura, en detrimento de la producción para el autoconsumo, y fomentará la innovación en los métodos de cultivo. La temprana importación de guano del Perú y su rápida difusión, es el elemento mejor conocido del proceso innovador que desde entonces va a caracterizar a una parte del sector agrario. (E. Giralt, 1978, pp. 67-82).

El comportamiento moderadamente innovador de los cultivadores no será ajeno al *boom* vinícola que comenzó en 1879. La destrucción de los viñedos franceses por la filoxera provocó el aumento de la demanda de vino común, especialmente de aquellas zonas, como el País Valenciano, en las que éste tenía la alta graduación y el fuerte color adecuado para el *coupage*. De esta forma, durante los veinte años posteriores a la fecha indicada, la tasa media acumulada anual de crecimiento de las exportaciones rozó el 20 %. La tardía aparición de la filoxera en las vides valencianas permitió, además, que la expansión se prolongase hasta principios del siglo XX, un decenio más que en el resto de España. (T. Carnero, 1977, pp. 116-125).

El papel de las exportaciones de productos primarios



La exportación de determinados productos primarios fue un factor estimulante del crecimiento económico en algunas regiones españolas, del mismo modo que muchos países desarrollados, antes de serlo, aprovecharon el impulso que les brindaba la demanda exterior de alimentos, maderas, minerales y otras materias primas. En esas zonas, las exportaciones sirvieron para aumentar la especialización y la productividad de la

economía, para expandir las relaciones de mercado, para crear una demanda en ascenso de manufacturas, y para financiar la importación de bienes de capital. A fin de que la actividad exterior signifique un agente positivo del crecimiento económico, es preciso, desde luego, que se den otras circunstancias, como unos flujos, de determinada intensidad, de conversión de renta en inversión, tendencia al pleno empleo de los factores, ele-

vación de la propensión al consumo de manufacturas, y transparencia en el mercado de productos y factores de producción. Para la economía valenciana, las exportaciones de cítricos supusieron un factor estimulante a finales del siglo XIX; de ser un 1 por 100 de las exportaciones totales españolas, a mediados de la centuria, pasaron a representar cerca del 6 por 100 de las exportaciones entre 1900 y 1910.

El aumento de los huertos de naranjos, menos conocido en su etapa inicial que la expansión de la vid, fue el segundo gran factor de modernización y crecimiento. La tendencia expansiva de la superficie dedicada a este cultivo —4.850 Ha. en 1878, 24.837 en 1904— paralela a la evolución de la demanda europea, puede ser considerada como el principal impulsor de las iniciativas de innovación emprendidas durante el medio siglo siguiente en el sector primario (J. Palafox, T. Carnero, 1982, pp. 21-32). Sería, sin embargo, tras la primera guerra mundial cuando el naranjo pasase a ocupar la situación de supremacía en el proceso de transformación del paisaje agrario valenciano.

Coincidiendo con la consolidación del auge cítrico, y en estrecha relación con el incremento de la demanda generada por el crecimiento de las ganancias y del empleo, la industria recibirá un nuevo impulso. A partir de los años setenta surgen gran parte de las actividades sobre las que, casi un siglo más tarde, se basará la industrialización. La existencia de mano de obra abundante y barata fue, en el lado de la oferta, el factor que desempeñó un papel más destacado en la consolidación de los núcleos artesanales de actividades intensivas en mano de obra, como la fabricación de alpargatas y calzado en el sur y muebles en el centro y en la ciudad de Valencia. Al lado de éstas, la cerámica, el juguete y, en menor medida,

la construcción de maquinaria resultaron también beneficiadas por los efectos inducidos del progreso agrícola y la legislación proteccionista sobre las colonias. (J. M.^a Bernabé, 1975, pp. 59 y ss.; J. A. Martínez Serrano, V. Soler, E. Reig, 1978, pp. 31-68).

Pero la importancia del crecimiento industrial no debe ser exagerada. Entre 1860 y 1887, sólo once partidos judiciales del País Valenciano disminuyen el porcentaje de población activa agrícola. Y la mayor parte de ellos lo hacen en muy escasa medida. Y en 1900 la población activa en la agricultura cuadruplicaba la existente en el sector secundario. Al igual que a mediados del siglo, el bajo nivel de la demanda interna y, sobre todo, la mayor competitividad de la producción textil catalana configuraban el freno más destacado a la acumulación de capital por parte de los artesanos.

El crecimiento de las actividades a las que nos hemos referido no es la única característica del último tercio del siglo XIX en el País Valenciano. Junto a este sector moderno, seguía existiendo otro, que podemos denominar tradicional, en donde los progresos fueron escasos. El aumento del uso de abonos y de las exportaciones o la positiva evolución de algunas actividades industriales se produce en el seno de una economía en donde, en general, las técnicas de cultivo han progresado poco, la especialización no ha afectado a amplias zonas, la usura sigue siendo en muchos casos el único remedio frente a las dificultades y la demanda de bienes básicos para la subsistencia continua ocupando el primer lugar dentro de la demanda agregada. Las posibilidades de cuantificar el peso de este sector tradicional de la agricultura no son mayores que las de medir la parte de éstas que fue favorecida por la expansión. Pero su importancia es incontrovertible. A mediados de los años ochenta, los cereales siguen siendo el primer cultivo de regadío en la mayor parte del País Valenciano con el 57 % del total (J. Palafox, T. Carnero, 1982, pp. 28-29). Y en 1922 la situación no había variado de forma sustancial. (J. Palafox, 1983, p. 24).

Nos encontramos, pues, ante una economía que, a pesar de todos los avances que se han producido desde mediados de la centuria, sigue obligada a dedicar gran parte de la superficie de cultivo potencialmente más productiva para abastecerse, no sin dificultades, de bienes inferiores en

la división de Engel. El atraso, favorecido por la estructura social que surge de la crisis del antiguo régimen, seguía obstaculizando el avance de la especialización en aquéllos cultivos más rentables.

Sobre este extenso sector tradicional incidirá la gran depresión de finales del XIX, que tendrá su más claro reflejo en el aumento de las importaciones de cereales y el hundimiento de los precios. En el País Valenciano la crisis no puede ser comparada con la de las zonas de monocultivo cereal en el interior de España. Pero las importaciones de trigo y arroz afectaron de forma sensible a las tasas de beneficios de los grandes cultivadores y llevaron a la ruina a una parte considerable de los pequeños cultivadores endeudados durante la fase de expansión anterior. (T. Carnero, 1978, pp. 78-113).

El aumento de los conflictos campesinos y del bandolerismo, por una parte, y la intensidad del movimiento emigratorio —espectacular en el sur—, por otra, fueron las manifestaciones sociales más evidentes de la profunda crisis en que se debatió el que he denominado sector tradicional durante el último tercio del XIX. La presión de los grupos más conservadores, que en el caso del arroz llegaron a negar las indiscutibles deficiencias del cultivo, hizo que la alternativa defendida para superar las dificultades fuera la elevación de las tarifas arancelarias.

LA MODERNIZACION AGRARIA

Si durante el último tercio del XIX la economía sufre agudamente las consecuencias de un complejo proceso de transformación, en el que se entrelazan el atraso y la modernización, la crisis y la expansión, en los tres primeros decenios del siglo XX el auge de la naranja provocará un cambio sustancial en la estructura económica de la franja litoral del norte y centro del país.

La actividad industrial no quedará al margen de los efectos expansivos creados por el crecimiento agrícola y por la sustitución forzosa de importaciones, resultado de la política gubernamental. Este último proceso y las consecuencias de la primera guerra mundial tuvieron una importancia destacable en la aceleración del desarrollo industrial. El conflicto europeo, que tuvo desastrosas consecuencias sobre la agricultura de exportación,

provocó un auge en la práctica totalidad de los sectores industriales surgidos durante los decenios anteriores. Será durante estos años cuando fragüen las iniciativas de crear un sector naviero que amplíe la participación autóctona en las ganancias derivadas de la creciente exportación agraria.

La superación de las repercusiones del proceso de adaptación de la economía europea tras el final de la primera guerra mundial, se tradujo en una etapa de crecimiento acelerado que se prolongaría durante el decenio de los años veinte. Un período, en el que se agravarán los desequilibrios entre la zona litoral y la interior, que estuvo dominado por la preponderancia del cultivo de la naranja, motor básico, pero no exclusivo, de la expansión. Una etapa, en síntesis, en la cual al aumento generalizado de la demanda europea de productos agrarios de los que el País Valenciano era oferente provocará importantes transformaciones en la estructura de su economía, aun cuando ésta siga siendo no industrial.

Así, tras la crisis de la postguerra, la tasa de aumento anual de las exportaciones agrarias volverá a recuperar su ritmo anterior a 1914, primero, para superarlo ampliamente después. Como se acaba de apuntar, los cítricos serán el cultivo más beneficiado por este proceso, cuyas causas no son fáciles de explicar teniendo en cuenta la situación de la economía de los principales países importadores durante aquellos años.

La información disponible sobre las sustituciones en los cultivos constituye, junto a la trayectoria de la exportación, el mejor exponente de la amplitud y profundidad del cambio que tuvo lugar. Y ello porque refleja que las altas tasas de crecimiento anual de la superficie destinada a los frutales no fueron el único hecho relevante. Estuvieron acompañadas de una expansión muy similar en la extensión dedicada a los productos hortícolas — aun cuando en términos absolutos se mantenga la mayor relevancia de los primeros —, y por un incremento también reseñable de la tasa de aumento de las plantas industriales y de la superficie cultivada en secano. (J. Palafox, 1982).

La importancia cuantitativa de los recursos invertidos en esta expansión del sector agrario es, hoy por hoy, desconocida. No parece arriesgado afirmar, sin embargo, que la agricultura se constituyó durante estos años en el destino principal

de la inversión agregada. De hecho, la inversión directa para la ampliación del cultivo del naranjo supuso, por sí sola, un porcentaje bastante próximo a todo el capital desembolsado en la creación de nuevas sociedades durante el decenio. Y es imprescindible tener en cuenta que buena parte de las sociedades estaban directamente relacionadas con este producto, ya que eran de índole comercial-agrícola.

Teniendo en cuenta que la inmensa mayoría de la cosecha era enviada al exterior, tanto al principio como al final de los años veinte, la discrepancia entre el ritmo de crecimiento anual de las exportaciones y de la superficie de cultivo puede servir para establecer una aproximación al papel desempeñado por la mejora técnica. Utilizando la evolución de las cantidades exportadas como equivalentes a la tendencia seguida por la producción, que no es conocida, es posible constatar que su tasa de crecimiento fue más del doble que la de la superficie. Lo cual permite intuir que la expansión de este producto, y por extensión de los más significativos de la agricultura valenciana, fue en buena parte el resultado de una profunda transformación de las técnicas de cultivo.

La comparación anterior permite valorar mejor los datos dispersos que existen sobre la multiplicación del número de iniciativas encaminadas a modernizar el sector. A la utilización masiva de abonos químicos y a la perforación de pozos se sumará en estos años una intensa difusión de motores de riego de mayor potencia que los instalados hasta entonces y la no menos intensa proliferación de obras de riego. Las deficiencias estadísticas no pueden llegar a ocultar que entre 1920 y 1930 el número de pozos con motor quedó más que triplicado, siendo eléctricos un alto porcentaje de éstos en el último de los años indicados, cuando en 1921 la mayor parte funcionaban con máquinas de vapor; que a principios de los años treinta el País Valenciano consumía cerca de la tercera parte de todos los abonos químicos utilizados en la agricultura española, y que es también durante los veinte cuando se finalizan un buen número de obras hidráulicas destinadas, como los dos factores anteriores, a aumentar la oferta de agua imprescindible para la expansión del regadío.

Es fácil imaginar que una trayectoria como la anterior no podía dejar de tener efectos inducidos relevantes sobre el consumo. Es imprescindible

subrayar, en este sentido, la alta intensidad en la utilización de trabajo que exige el cultivo y comercialización de la cosecha de naranja, que hace imposible su realización directa por parte del propietario. La expansión llevaría pareja, pues, la masiva contratación de jornaleros, método «antiguamente desconocido en esta región» como señaló E. Halpern (1934 (1946) pp. 97-116).

El aumento del empleo, aun cuando se produjera en un contexto político autoritario, como fue la Dictadura de Primo de Rivera, que tendía a obstaculizar e incluso impedir el aumento de los salarios, tuvo que implicar un aumento de los salarios totales y, como consecuencia, un aumento de la demanda de bienes de consumo con efectos positivos sobre los sectores industriales del País Valenciano, los cuales, por su parte, empleaban también técnicas intensivas en trabajo. Junto a la evolución positiva de estos sectores semiartesanales, consolidarán su posición un número escaso, pero económicamente relevante, de empresas de mayor tamaño. Las dos más importantes serán, sin duda, Altos Hornos del Mediterráneo, que se instalará en Sagunto, y Unión Naval de Levante, ubicada en el Grao de Valencia.

Dentro de este panorama de transformación y ampliación de la estructura industrial es imprescindible mencionar la compra del Banco de Valencia, en 1927, por un grupo de empresarios valencianos. La entrada en el consejo de administración del grupo encabezado por Ignacio Villalonga abrirá una nueva etapa mucho más dinámica que la anterior, basada en su participación en empresas radicadas en el País Valenciano. Entre ellas destacan la Compañía Transmediterránea, Unión Naval de Levante y Sociedad Valenciana de Mejoras Urbanas. Los orígenes económicos de los principales nuevos accionistas pone de relieve la importancia alcanzada por actividades diferentes del cultivo y comercialización de los cítricos. (E. Lluch, 1976, pp. 147-152).

Con todo, no es posible desligar la nueva orientación, y el dinamismo en el crecimiento del pasivo del Banco de Valencia, de las circunstancias que caracterizaban a la agricultura de exportación, puesto que todo parece indicar que éste orientó buena parte de su actividad a la financiación de los envíos de productos agrícolas al exterior, ante el cambio de comportamiento de los importadores a partir de mediados de los veinte, cuando

tuvieron lugar tanto el alza de los tipos de interés en Gran Bretaña, a partir de la revaluación de la libra esterlina, como el aumento de la competencia por parte de otros países productores y una ligera deflación de los precios de los productos agrarios. Tres factores que provocaron una profunda alteración de las bases sobre las que hasta entonces se había asentado la exportación.

De las tres nuevas características de la situación de los mercados la que, al parecer, tuvo una mayor incidencia fue el aumento de la competencia. Paralelamente al auge citrícola, se produjo un incremento de los envíos de naranja a los mercados europeos, y en especial al inglés, desde otros países. La aparición de la competencia de la naranja Jaffa, cuya campaña coincidía con la del País Valenciano, implicó una nueva situación que no siempre fue aceptada en la práctica por los valencianos. Lo cual tuvo importantes consecuencias en la nueva fase que abriría la crisis económica iniciada a fines de 1929.

LA AGRICULTURA Y LA CRISIS DE 1929

El hundimiento del comercio internacional desde mediados de 1930, que fue una de las características más destacadas de la crisis económica por la que atravesó el capitalismo durante los años treinta, se produjo, por tanto, desde una perspectiva valenciana, en una coyuntura en la cual nuevas circunstancias estaban empezando a destacar en los mercados de destino; cuando, en otras palabras, la permanente presión de la demanda sobre la oferta estaba desapareciendo por el aumento de los envíos de otras procedencias y, por consiguiente, la relevancia de la calidad de la fruta enviada, su homogeneidad o el cumplimiento de los contratos establecidos estaban adquiriendo mayor peso que en el pasado.

A pesar de estos rasgos definitorios del panorama económico más general y de la profundidad y amplitud de la depresión internacional, la economía del País Valenciano mantuvo durante los años de la Segunda República una trayectoria que, en relación con la de otros países de características similares, ha de ser valorada como positiva. Y ello por cuanto, aunque existieron problemas destacados que impidieron mantener el ritmo de crecimiento de las exportaciones del decenio anterior, la profundidad de la crisis no puede ser com-

parada a la de la inmensa mayoría de las economías exportadoras de productos del sector primario. (J. Palafox, 1979, pp. 139-162).

De hecho, las exportaciones de naranja no experimentaron ningún drástico hundimiento, y sólo en las dos últimas temporadas — 1934-35 y 1935-36 — hubo un descenso apreciable en los envíos, en cuyas causas influyeron, con tanta o mayor intensidad que la situación internacional, factores climatológicos en las zonas productoras.

La explicación de esta evolución, que puede ser considerada atípica, hay que buscarla en una serie múltiple de causas. Pero, entre todas ellas, dos merecen ser destacadas. Por un lado, la favorable evolución de la cotización de la peseta, con una demanda menos elástica de lo que se ha supuesto en ocasiones, y por otro, los efectos expansivos de la política económica republicana sobre la industria de bienes de consumo.

La no fijación de una paridad fija de la peseta respecto al oro y el fuerte proceso de depreciación que experimentó de forma ininterrumpida desde 1928 hasta 1933 (y con carácter más acusado a partir de 1931) tuvo efectos positivos sobre el mantenimiento de la demanda exterior, ya de por sí bastante estable. Quizá no sea inútil señalar que la devaluación fomenta las exportaciones si la tendencia interior de los precios no es inflacionista, cual fue el caso de la economía española durante aquellos años. El fracaso de los sucesivos gobiernos en sus intentos de estabilizar la cotización de la peseta supusieron, por consiguiente, una ventaja para la agricultura valenciana de exportación.

Junto a este hecho, como he apuntado, el mantenimiento de la demanda por parte de países tan duramente afectados por la crisis como Alemania tuvo también una influencia no desdeñable. A pesar del carácter de bien de lujo que tradicionalmente se les concede a los cítricos, las exportaciones mantuvieron un nivel bastante próximo al conseguido en los años anteriores a 1929 en todos los mercados europeos. La ausencia de comentarios en las publicaciones periódicas a cualquier situación de crisis generalizada en la economía del País Valenciano en estos años, en los que la profundidad de la crisis mundial fue más acusada, permite afirmar que hasta principios de 1933 las dificultades

a las que se tuvo que enfrentar fueron matizadas.

Así, en la *Asamblea de Entidades Económicas Valencianas*, que tuvo lugar a consecuencia de la preocupación suscitada por el abandono del patrón oro por parte de Gran Bretaña, que suponía la devaluación *de facto* de la libra esterlina, la inmensa mayoría de los asistentes, que representaban a las organizaciones de productores y exportadores más importantes, subrayaron la buena marcha de las campañas de exportación.

Que en septiembre de 1931 no se hubiera producido un hundimiento de las exportaciones y que un año después se siguiera sin constatar la existencia de una grave crisis no quiere decir que la situación en la que se encontraba la economía fuera la misma que la de la etapa de expansión que caracteriza a los años veinte. A partir del comienzo de la depresión internacional, los precios de los principales productos sufrieron un ligero pero continuado descenso en los principales mercados, mientras las dificultades a la exportación aumentaron como consecuencia de la oleada proteccionista que se inició en el segundo semestre de 1930. Y, por otro lado, el alza salarial a partir de la proclamación de la Segunda República Española tuvo que repercutir negativamente sobre las tasas de beneficios, al no poder ser trasladada sobre los precios de venta. Pero parece posible afirmar que el resultado final de esas tendencias contrapuestas fue el mantenimiento de la actividad en unos niveles muy superiores a los de los países europeos.

Sobre todo por la segunda de las causas señaladas más arriba. La proclamación del régimen republicano en abril de 1931 llevó aparejado un aumento sustancial de los salarios reales, que provocó una expansión de la demanda en las industrias de bienes de consumo, dado el bajo nivel de vida de la inmensa mayoría de la población trabajadora. Y en el País Valenciano el efecto negativo que ello tuvo sobre las tasas de beneficios, al incrementar los costes, resultó más que compensado por sus efectos positivos sobre la demanda, que permitieron mantener el ritmo de actividad en la mayor parte de los sectores de la industria. De hecho, los toscos indicadores de coyuntura con los que contamos muestran una evolución positiva durante todo el período, y en especial durante estos primeros años de la crisis internacional. (J. A. Martínez Serrano, V. Soler, E. Reig, 1976, pp. 62-63).

Las excepciones, dentro de este panorama general de mantenimiento de la actividad, fueron las dos principales iniciativas industriales consolidadas durante la Dictadura de Primo de Rivera. Tanto Unión Naval de Levante como Altos Hornos del Mediterráneo atravesaron una aguda recesión, con efectos negativos muy acusados sobre el Camp de Morvedre y el Grao de la ciudad de Valencia. La fuerte crisis de ambas empresas ha de ser explicada por el cambio en la política económica que inaugura la proclamación de la República, y, más precisamente, la caída de la Dictadura y sus repercusiones sobre las expectativas de los grandes grupos empresariales. Dado que su evolución expansiva había sido posible gracias a los planes de obras públicas aplicados durante el régimen autoritario, financiados mediante la ampliación del déficit presupuestario, la nueva orientación de los responsables del ministerio de Hacienda, que intentaron por todos los medios equilibrar el Presupuesto General del Estado, dentro de la más pura ortodoxia y en base a lo que entonces se consideraba una honesta y correcta gestión de las finanzas públicas, supuso la desaparición de uno de los ejes fundamentales de la demanda de bienes siderúrgicos y navales. El mantenimiento de esta orientación a lo largo de todo el período republicano, que tendría innegables repercusiones sociales para la democracia española, implicó una trayectoria recesiva para ambas empresas, contrapuesta a la de la mayoría de los sectores industriales del País Valenciano.

EL IMPACTO DEL PROTECCIONISMO BRITÁNICO

La situación cambiará de forma notable a partir de comienzos de 1933. Al cambio de tendencia en la cotización de la peseta, que quedará estabilizada en torno a las cuarenta pesetas por libra esterlina, se sumarán: la entrada en vigor de la nueva tarifa británica sobre el arroz el primero de enero, acordada a mediados del año anterior por los países de la Commonwealth dentro del amplio régimen preferencial acordado en la Conferencia de Ottawa; el anuncio de la cuantía de la nueva tarifa sobre las naranjas a aplicar a partir del 1 de abril por el mismo país y la helada de una parte de la cosecha de este producto al inicio del año. A partir de entonces, los problemas de la agricultura de exportación serían continuos, lo cual

no dejaría de afectar al conjunto de la economía. (J. Palafox, 1979, pp. 139-162).

En el caso del arroz, las consecuencias de la nueva tarifa fueron muy graves, ya que aun cuando el porcentaje de la producción española que se exportaba no era demasiado elevado, la mayor parte de las exportaciones procedían del País Valenciano, y de ellas más de la mitad iban destinadas al mercado británico. Al cambio vigente, por otra parte, el importe de la tarifa suponía una cantidad superior al precio de venta en el mercado interior. No puede extrañar, por consiguiente, que su entrada en vigor supusiera la imposibilidad de continuar las exportaciones a este mercado.

Ante ello, las protestas de los implicados fueron inmediatas. Y, al igual que en el pasado, irían encaminadas a conseguir del gobierno una subvención que permitiera la venta de los excedentes que el mercado interior no podía absorber a los precios entonces vigentes. El poder de los sectores arroceros les permitió conseguir su objetivo con una notable rapidez, sin que en ningún momento se planteara la necesidad de reducir los costes de producción a través de la innovación técnica o de disminuir la importancia de la renta en el coste total de producción del arrendatario.

En el caso de la nueva tarifa británica sobre la naranja, la solución de los problemas no tendría un resultado tan rápido. Su entrada en vigor marca el inicio de una profunda crisis del sector cítrico, que resultó afectado, a partir de entonces, por la aplicación de numerosas medidas proteccionistas en los principales países importadores. Una etapa de recesión que puso de relieve también la incapacidad de los sectores sociales implicados para proponer y aplicar una adaptación progresiva a los problemas que la situación internacional exigía. Y ello porque, sin negar la relevancia de las medidas puestas en práctica por los gobiernos europeos, la gravedad de la recesión de la naranja valenciana no puede ser separada de las deficiencias consolidadas durante la fase de auge; del comportamiento especulativo de cultivadores y comerciantes que se negaron a realizar el ajuste que la nueva situación provocada por la crisis exigía.

Los importantes efectos que tuvo la actuación de cultivadores y comerciantes serían reconocidos por ellos mismos una vez que sus representantes políticos llegaron al gobierno. Así, a partir de noviembre de 1933, una vez celebradas las elec-

ciones generales que dieron el triunfo a la derecha, los grupos relacionados con la comercialización pasaron a defender los planteamientos que hasta entonces habían sostenido el ministro de Agricultura y sectores minoritarios del País Valenciano y que ellos habían atacado duramente. De esta forma, sin renunciar a ninguna de las razones sostenidas hasta entonces, y por lo tanto con grandes contradicciones, propietarios y exportadores decidieron cambiar las bases de la estructura de la exportación.

A pesar de este cambio de actitud y del gran número de disposiciones legales promulgadas a partir de comienzos de 1934 para controlar la calidad de los envíos, la coyuntura no experimentó mejora apreciable. Al contrario, tras una campaña mediocre en 1933-34, similar en líneas generales a la de 1932-33, los ingresos obtenidos descendieron espectacularmente en las dos siguientes, alcanzando los mínimos del período. Al igual que en 1933, también en estas ocasiones el factor climático actuó como factor desencadenante. El descenso de la temperatura en el mes de diciembre de 1934 y en el de enero de 1935 heló una gran parte de la producción, limitando de forma considerable tanto el volumen de la cosecha comercializable como el nivel de las cotizaciones en los mercados europeos, ya que la efectividad de la inspección fue escasa ante el boicot de los propios implicados.

La extensión y profundidad de la crisis durante estos dos últimos años, al producirse en un contexto dominado ya por las dificultades que los sectores relacionados con el cultivo y la comercialización no habían previsto jamás, tendría consecuencias muy graves sobre las explotaciones. La negativa a aceptar en el pasado un seguro contra las heladas implicó la imposibilidad para muchos cultivadores de conseguir los ingresos necesarios para mantener el cultivo en las mismas condiciones que en años anteriores. La ligera reducción de la superficie cultivada que tiene lugar en 1935, tras una larga etapa de expansión, es significativa de la gravedad que llegó a alcanzar la recesión. La reducción en más del 30 % de los ingresos respecto a 1931 también. (J. Palafox, 1979, p. 152).

Lo señalado en los párrafos anteriores pone de relieve que la economía del País Valenciano no quedó al margen de la grave depresión que afectó al capitalismo durante los años treinta. A pe-

sar de que aquí las consecuencias fueran más tardías y también más leves, el sector más dinámico sufrió con una intensidad notable las repercusiones del ascenso de las políticas proteccionistas como uno de los mecanismos fundamentales para combatir la caída de la tasa de actividad de los principales países importadores de sus productos. Pero a este hecho, de trascendencia indiscutible, se unió otro no menos relevante, que no estuvo relacionado directamente con la coyuntura internacional: el comportamiento de los propios implicados, que no fueron capaces de entender el cambio radical que la crisis suponía y continuaron actuando como si la producción valenciana no tuviera competidora y la demanda mantuviese su tendencia expansiva. A estos dos hechos fundamentales se sumó además la gravedad de las heladas en diversos años. Aun cuando es muy posible que ninguno de estos factores considerados por separado hubieran provocado una recesión — dada la atípica evolución de la demanda del principal producto de la economía valenciana durante estos años — la combinación de todos ellos quebró la tendencia positiva que la superación de las dificultades que acompañaron al fin de la primera guerra mundial había creado.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ARDIT, M. (1975), «Contribución al estudio del movimiento de la renta de la tierra en el País Valenciano en el siglo XVIII (1707-1800)», en *Cuadernos de Historia*, Madrid, n.º 5, págs. 337-417.
- ARACIL, R. y GARCÍA BONAFAE, M. (1974), *Industrialització al País Valencià. El cas d'Alcoi*, Valencia, Eliseu Climent.
- ARACIL, R. y GARCÍA BONAFAE, M. (1978), «La no industrialización valenciana: algunos problemas», en VV.AA. *La industrialización valenciana: algunos problemas*, Valencia, Almudín, pp. 5-22.
- BERNABÉ, J. M. (1975), *Industria i subdesenvolupament al País Valencià. (El calçat al Vall del Vinalopó)*, Mallorca, Editorial Moll.
- CARNERO, T. (1977), «La Gran Depressió al País Valencià: Crisi i frustració social», en VV. AA., *Raons d'identitat del País Valencià*, Valencia, Eliseu Climent.
- CARNERO, T. (1978), «Crisi i burguesia conservadora durant la Gran Depressió: el País Valencià. 1879-1889», en *Estudis d'Història Agrària*, Barcelona, n.º 1.
- CAVANILLES, A. J. (1795-1797), (1972), *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia*, Madrid, Imprenta Real, 2 Vols. Reedición Valencia Albatros.
- GIMENEZ, E. (1981), *Alicante en el siglo XVIII. Economía de una ciudad portuaria en el antiguo régimen*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- GIRALT, E. (1978), «Introducción del guano como fertilizante agrícola en el País Valenciano y Cataluña», en E. Giralt, *Dos estudios sobre el País Valenciano*, Valencia, Almudín, págs. 67-88.
- HALPERN, E. (1934 (1946)), «La huerta de Valencia. Traducción de A. López Gómez del original francés publicado en 1934», en *Estudios Geográficos*, Madrid, págs. 97-116.
- LLUCH, E. (1976), *La vía valenciana*, Valencia, Eliseu Climent.
- MARTÍNEZ SANTOS, V. (1981), *Cara y cruz de la sedería valenciana. Siglos XVIII-XIX*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- MARTÍNEZ SERRANO, J. A., SOLER, V., REIG, E. (1976), «Análisis de la economía valenciana (1886-1972), a través del indicador de la constitución de sociedades», en *Panorama Bursátil*, Valencia, n.º 2, págs. 27-70.
- MARTÍNEZ SERRANO, J. A., SOLER, V., REIG, E. (1978), *Historia de la economía valenciana, 1878-1978*, Valencia, Caja de Ahorros de Valencia.
- MORANT, I. (1978), *Economía y sociedad en un señorío del País Valenciano: el ducado de Gandía (siglos XVIII-XIX)*, Gandía, Instituto «Duque Real Alonso el Viejo».
- PALAFOX, J. (1979), «Agricultura d'especulació i crisi econòmica. El País Valencià durant els anys trenta (1930-1936)», en *Estudis d'Història Agrària*, Barcelona, n.º 3, págs. 139-162.
- PALAFOX, J. (1982), *Introducció*, en Perpiñà, *De economia crítica*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, págs. 7-57.
- PALAFOX, J., CARNERO, T. (1982), «La economía del País Valenciano (1750-1936). Crecimiento sin industrialización», en *Información Comercial Española*, Madrid, n.º 586, págs. 21-32.
- PALAFOX, J. (1983), «Exportaciones, demanda interna y crecimiento económico en el País Valenciano», *Quaderns de Treball*, n.º 8, Facultat de Ciències Econòmiques i Empresariales. Universitat de Valencia.
- PESET, M., MANCEBO, M. F., GRAULLERA, V. (1981), «El señorío de Alfara del Patriarca, 1601-1845», en *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, Valencia, n.º 2, págs. 7-70.
- RODENAS, C. (1978), *Banca i industrialització. El cas valencià. 1840-1880*, Valencia, Banc de Promoció de Negocis.
- RUIZ, P. (1981), *Señores y propietarios. Cambio social en el sur del País Valenciano, 1650-1850*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- TORTELLA, G. (1973), *Los orígenes del capitalismo en España*, Madrid, Tecnos.